

braron por un instante el cetro, mas no el poder. La dinastia de Roberto, cuyo hijo Hugo el Grande prefirió disponer de la corona á guardarla para sí sube, al trono en la persona de Hugo Capeto á despecho de la débil oposicion del último carlovingio.

Pero aunque el mas temido de los señores franceses cambia su título de duque de Francia por el del rey, no trueca la naturaleza de su autoridad; poderoso cuando duque, deja de serlo cuando rey, y los grandes vasallos que consienten en reconocerle una supremacia honorífica no olvidan que es un igual suyo. La nueva dinastia cuyo poder estriba, como el de las demás familias de grandes, en la estension y riqueza de sus dominios, se ve obligada á suspender por mucho tiempo el ejercicio de los derechos soberanos, porque en realidad la soberania en Francia se halla dividida en tantas fracciones cuantos son los señores. Mientras no aparezca una fuerza que rompa la cadena de las relaciones feudales y no se forme un lazo entre el trono y la nacion por medio de las comunidades, el poder supremo carecerá de acción y fuerza. Los reinados de los cuatro primeros Capetos Hugo, Roberto, Enrique I y Felipe I pasan entre las oscuras luchas de los señores.

X.

El advenimiento de la dinastia de los Capetos, señala la época en que el feudalismo se halla en todo su vigor y domina la Francia entera, así como gran parte de Europa. La creacion de los beneficios hereditarios concedidos con ciertas condiciones mas ó menos rigurosas, tenia echada ya la base del feudalismo fundado en la aristocracia territorial. En su origen, los beneficios concedidos por el soberano, establecian relaciones de subordinacion directa entre él y sus súbditos: despues los mismos súbditos, deseosos de crear en provecho suyo otros semejantes lazos de dependencia, desmembraron algunas porciones de sus dominios para traspasarlas con pactos idénticos, y de este modo se establecieron los diferentes grados de la gerarquia feudal. Debió principalmente su desarrollo á los continuos sacudimientos de una larga época de desórdenes que disminuyeron la clase de hombres libres y acabaron con las propiedades libres ó alodios, que garantizan la independenciam de las

personas. En una sociedad en que el soberano, siendo impotente para asegurar los derechos de los individuos, se veia obligado á dejar que cada uno cuidase de su defensa, la independenciam era muy peligrosa para los débiles que quedaban sin proteccion contra los atentados de los fuertes. La necesidad de procurarse un apoyo eficaz introdujo la costumbre de la *recomendacion* de personas y tierras. El propietario de un reducido alodio hacia renuncia de unos derechos estériles de suyo y peligrosos, y otorgaba sus tierras á un señor para recibirlas de su mano á título de beneficio: juraba prestarle fé y homenaje, acompañarle en la guerra, esponer la hacienda y la vida en servicio suyo y acudir con un socorro mas ó menos crecido: y en cambio el señor le prometia justicia y proteccion, se obligaba á darle asilo y empuñar las armas para defenderle. Tales eran las principales relaciones que el homenaje feudal establecia entre señores y vasallos.

Comprimido en Francia el feudalismo por la fuerte mano de Carlomagno, se robusteció despues de su muerte, estendiéndose con tanta mayor rapidez en cuanto los reyes, con motivo de las guerras nacidas de los repartos y de la desmembracion del imperio, tenian necesidad de grangearse el apoyo de los señores por medio de concesiones. El régimen feudal recibió su complemento é invadió todo el orden social cuando no pudiendo ya los reyes desmembrar sus esquilados dominios, cedieron á título de feudo todos los empleos civiles y militares.

Tan excesivo crecimiento trocó la primitiva índole del feudalismo, que en vez de proporcionar al rey servidores fieles levantó contra él temibles rivales, y convertidos los señores en dueños perpetuos de sus gobiernos y poderosos por sus dominios y por el número de sus vasallos se consideraron soberanos, y en poco tuvieron una supremacia que podian contrastar impunemente. Confundida la soberania real, el poder del monarca no se distinguió del de los grandes feudatarios, ni pudo contar con otra autoridad efectiva que la que tenia como señor feudal sobre sus infimos vasallos.

En las relaciones particulares entre vasallos y subvasallos, el feudalismo, nacido en las necesidades de la sociedad, hizo á esta algunos servicios dando origen á ideas generosas, consagrando la buena fé y manteniendo un resto de disciplina; pero hasta en esto

se desvió muchas veces de su objeto: la mayor parte de los señores menospreciaron los derechos de sus subordinados, porque no había poder superior que los obligase á respetarlos: los mas pequeños señores feudales se convirtieron en tiranos, y los vasallos inferiores, reducidos al estado de siervos, gimieron bajo el peso de un duro y largo despotismo.

Y no se estableció solamente en Francia el sistema feudal: en Inglaterra fué fundado con notable regularidad despues de la conquista de los normandos, y la Escocia lo tomó de Inglaterra. Los normandos que lo introdujeron en Italia, lo hallaron ya establecido por los lombardos de Benevento. Al parecer entró en las provincias septentrionales de España al mismo tiempo que en las del mediodia de Francia, mas aquí se conservaron en todas épocas muchas propiedades libres y se extendió mas particularmente en Aragon. Los feudos no estuvieron muy en uso en Castilla ni en Portugal. En el norte y en el este de Europa, en Suecia, Dinamarca, Bohemia y Hungría, no se arraigó mucho el feudalismo; donde reinó principalmente fué en Francia y en Alemania, mas al poco tiempo produjo en dichos países diferentes resultados. En Francia el poder real, casi aniquilado por el feudalismo, realzóse luego y sostuvo contra tan terrible rival una lucha perpétua, pero siempre victoriosa. En Alemania la autoridad soberana, unida y fuerte al empuñar el cetro la dinastía sajona, se mantuvo por algun tiempo con esplendor muy grande, y el emperador pudo reservarse el privilegio de conceder á su voluntad las primeras dignidades del estado que en Francia eran hereditarias. Mientras en este reino se alzaba el trono, todo habia cambiado ya de aspecto á la otra parte del Rhin. Veremos que el turbulento carácter de los príncipes alemanes, la lucha del sacerdocio con el imperio y las desastrosas guerras contra la Italia, prepararon esa completa independéncia, ese omnipotente influjo de los grandes feudatarios, que llevado á su colmo en el siglo duodécimo tercero, redujo al emperador á la condicion de un gefe de confederados, mientras que el rey de Francia aspiraba á alcanzar un poder absoluto.

XI.

Sesenta y ocho años despues de la muerte de Alfredo el Grande de Inglaterra, y en el reinado de Etelredo II, volvieron los daneses á empezar sus ataques. Suenon y Otal reyes de Dinamarca y de Noruega, obligaron á los Ingleses á rescatar su libertad aprontando un impuesto llamado el *danegeld* (dinero de los daneses). Etelredo pensó eximirse de él mandando asesinar á los daneses establecidos en sus estados, mas una espantosa invasion vengó tan horrible perfidia, y las ciudades fueron incendiadas, degollados sus habitantes en las iglesias donde buscaban asilo, el mismo Etelredo arrojado de Inglaterra y Suenon se apoderó de su corona. La nueva dinastía dió á la Inglaterra un príncipe ilustre que fué Canuto el Grande, hijo de Suenon, quien reinó simultáneamente en la Escandinavia y en la Gran Bretaña. Su matrimonio con la viuda de Etelredo, el restablecimiento de las leyes de Alfredo y la suavidad de su gobierno le atrajeron el afecto de vencidos y vencedores; y los ingleses marcharon á sus órdenes para emprender la conquista de la Noruega. Canuto, orgulloso con su poder, tomó el título de emperador del Norte y rey de reyes: el papa á quien visitó en peregrinacion, y Conrado, emperador de Alemania, solicitaron su amistad. Al morir dejó tres coronas á sus tres hijos Suenon, Hardi—Canuto y Haroldo, mas estos príncipes guerrearon encarnizadamente entre si por espacio de seis años, y ocurrida la muerte de los dos últimos y la retirada de Suenon á Dinamarca, el cetro salió de las manos de la dinastía danesa, volviendo á la antigua raza sajona en la persona de Eduardo el Confesor. Este príncipe educado en Normandía, introdujo en sus estados el idioma, los hábitos y las costumbres de los normandos franceses, y su admision á los cargos civiles y eclesiásticos preparó la conquista consumada en el reinado de su sucesor.

XII.

Los Northmans ú hombres del norte eran oriundos de la Cimbria y de la Escandinavia, que hoy forman los tres reinos de Dina-